

COMITÉ EDITOR:

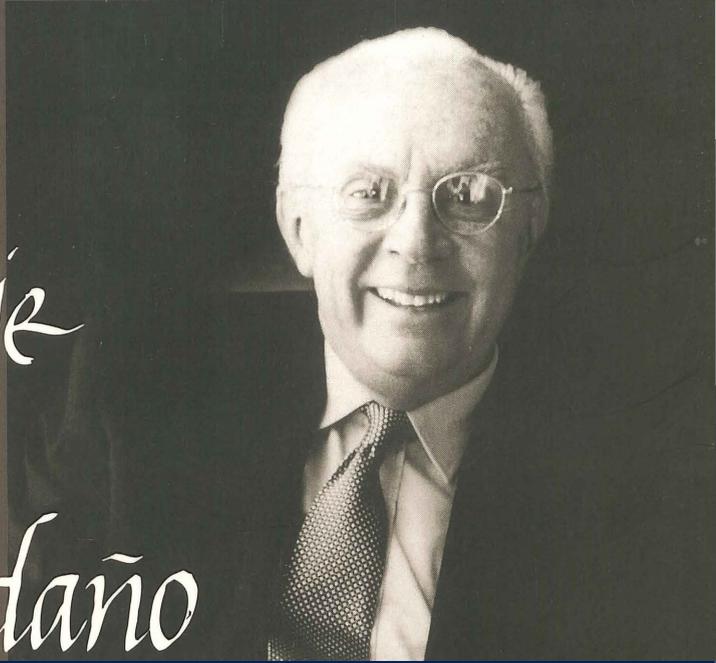
Javier de Belaunde López de Romaña

Alfredo Bullard González

Luis Pizarro Aranguren

Carlos Alberto Soto Coaguila

*Homenaje  
a  
Jorge  
Avendaño*



**Capítulo 11**



Pontificia Universidad Católica del Perú  
FONDO EDITORIAL 2004

Homenaje a Jorge Avendaño  
Tomo I

Comité Editor: Javier de Belaúnde López de Romaña  
Alfredo Bullard González  
Luis Pizarro Aranguren  
Carlos Alberto Soto Coaguila

Diseño de carátula: Iván Larco

Copyright © 2004 por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica  
del Perú. Plaza Francia 1164, Lima  
Telefax: 330-7405. Teléfonos: 330-7410, 330-7411  
Correo electrónico: feditor@pucp.edu.pe

Obra Completa:  
ISBN: 9972-42-645-9  
Depósito legal: 1501052004-5274

Tomo I: 9972-42-646-7

Primera edición: junio de 2004

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

## Jorge Avendaño como papá

Francisco Avendaño Arana

«¡EN QUÉ LÍO ME HE METIDO!», fue lo primero que pensé cuando acepté escribir una semblanza de Jorge Avendaño como papá. No se trataba de escribir acerca de sus cualidades personales, su pensamiento o su obra, sino de su actuación como papá. Tenía que bucear en mis recuerdos; pero, dado que muchos de ellos estaban borrosos, se me ocurrió recurrir a dos hermanas para que me ayudaran a desempolvar algunas viejas historias de mi infancia. Me reuní con Leo y con Cecilia en *La Dalmacia*, restaurante ubicado en las inmediaciones del barrio mirafloresino donde creció mi papá, al que hoy solemos acudir para conversar sobre temas del trabajo y otros tantos de la vida cotidiana. Esa noche contamos con la presencia inesperada de Juan Luis Avendaño, tío cercano y querido, quien por momentos de su vida, además de hermano, fue como un hijo para Jorge Avendaño. A Leo, Cecilia y Juan Luis les agradezco por algunas de las ideas que expongo a continuación. También le doy las gracias a mi hermana Dora, quien ha aportado varias anécdotas vividas con mi papá.

Jorge Avendaño se convirtió en papá muy joven. Nací cuando él tenía 28 años —soy el cuarto de nueve hermanos— y cuando acababa de cumplir los 32, ya contaba con siete hijos. Creo que el número de hijos marcó de manera importante su personalidad inicial como papá: la verticalidad.

De niño, la relación con mi papá nunca fue horizontal. Todo lo imponible y toda orden que daba debía cumplirse a rajatabla, cual instrucciones que imparte un general a sus subordinados. En realidad,

no había otra forma de manejar un pequeño ejército de hijos. Mi papá era autoritario y sumamente rígido, y no se podía discutir con él. Años después descubrí que no era tan vertical como creía, sino que bajo su rigidez escondía un estilo de educación, muy a la usanza de esos tiempos. Su relación con los hijos, casi militar, basada en órdenes y temores, se reflejaba en los castigos que nos infligía. Recuerdo que una vez, siendo muy chico, le dije «estúpida» a una hermana y como sanción tuve que comer un ají entero; o aquella otra oportunidad en que por portarme mal me encerró en un closet por algunas horas. Felizmente, casi siempre contaba con la complicidad de mi mamá y de hermanas mayores, lo que me permitía soportar con estoicismo los severos castigos.

La casa donde crecí, en Barranco, estaba dividida por zonas. Algunos sectores, como la sala o el comedor, eran lugares casi inaccesibles para los hijos, bajo pena de ser sancionados drásticamente. La circulación era por la escalera de servicio. El cuarto de música de Jorge Avendaño era su santuario, un lugar casi sagrado al que no podían entrar los hijos, ni siquiera en sueños. En alguna ocasión nos asomábamos con mis hermanos a los lugares sacrosantos de la casa, pero siempre aprovechando alguna reunión de mi papá con sus amigos o algún acontecimiento, a los que tanto nos tenía acostumbrados por los cargos que desempeñaba.

Jorge Avendaño cuidaba algunos de sus bienes con más engreimiento que a sus propios hijos. Sus carros son un buen ejemplo. «El automóvil, como el caballo en tiempos más antiguos, no se presta a nadie», decía mi papá. Y debía ser deportivo, colorido y preferentemente pequeño, esto último para que no entraran los hijos, presumo. El carro de mi papá me trae a la memoria un incidente que pudo tener consecuencias dramáticas. Mi papá nos paseaba en su *Dodge* a mi hermano mayor, Jorge, a Leo, a Cecilia y a mí. Mi mamá en esos días había traído al mundo a una niña más, Lucía. Estaba sentado en el asiento trasero, entre mis dos hermanas, comiéndome un helado. El ogro había aceptado que comiera el helado pero me había amenazado de muerte si derramaba una gota. Repentinamente, me entró el pánico pues se me empezó a derramar el helado en la mano y decidí botarlo por la ventana, que estaba abierta. Cuál sería mi sorpresa cuando el helado se estrelló contra la luna que estaba tan limpia que parecía abierta, y rebotó y salpicó todo el interior del carro. No me acuerdo lo que sucedió después, si hubo gritos y castigos, pero lo cierto es que mi papá no me asesinó.

Jorge Avendaño fue un viajero desde siempre. Organizaba y hacía viajes por los lugares más exóticos del mundo y duraban, en algunos casos, varios meses. En su ausencia nos cuidaban nuestros abuelos y esos sí que eran días de verdadero libertinaje. No había órdenes ni mandatos, circulábamos libremente por toda la casa y hasta faltábamos de cuando en vez al colegio, todo ello con la participación y aprobación —negada por cierto— de los papapas. Mi papá nunca nos llevó de chicos al extranjero, salvo alguna excepción, pero sí nos paseó por muchas partes del Perú. Así conocimos, casi siempre por vía terrestre, buena parte del país. Viajar en avión no era educativo, según decía, y por eso tuvimos que aguantar las interminables horas de ruta que acarreaban esos viajes.

Ahora que escribo estas líneas aprecio con toda claridad que la afición que tengo a la música, los autos y los viajes proviene de aquellos años de mi niñez. Crecí y aprendí de un papá obseso por los amplificadores, los parlantes, la acústica y el jazz, por los carros deportivos y las carreras de automóviles y por los viajes por el Asia y el África.

Jorge Avendaño era un papá conservador y sumamente religioso. Fue educado verticalmente por su mamá, mi abuela Leonor Valdez de Avendaño, una mujer profunda y devotamente cristiana. Mi papá trasladó la educación vertical que recibió a sus hijos, pero no pudo hacer lo mismo con la religión, y muy a su pesar, ya que tengo que declarar que él era un beato. Frecuentaba mucho la Iglesia y eso lo hacía aun más conservador. Su fervor religioso se reflejaba en la educación que nos impartía. Mis hermanas, por ejemplo, no podían usar bikini ni polos escotados, para no despertar bajos instintos, es decir pecados, supongo. Nuestras amistades eran seleccionadas en función a sus padres. Hijos de padres divorciados, pecadores por tanto, no podían ser nuestros amigos. Y así hay muchos otros casos en que se aprecia cómo la educación que se nos impartía estaba fuertemente influida por su fe cristiana.

Jorge Avendaño cambió radicalmente como papá cuando se separó de mi mamá. Un día de enero de 1973, cuando jugaba en el parque de mi barrio, de casa vinieron a buscarme porque mi papá y mi mamá querían hablar conmigo. Tenía 11 años. Habían desfilado previamente por el cuarto de mis padres mis tres hermanos mayores. Cuando me tocó el turno, me sentaron en un sillón y me dieron la ingrata noticia. Rompí en llanto sin saber bien el porqué. Luego comprendería que mi papá no viviría más con sus hijos, que para entonces ya

eran ocho. Luego comprendería, también, que a partir de ese día viviría mas cerca de nosotros.

Jorge Avendaño pasó de ser un papá vertical a uno horizontal, y de uno conservador a uno liberal. Dejó de ser rígido y severo, para convertirse en un papá tolerante, más humano, como dirían mis hermanas. Ya no propinaba a sus hijos castigos draconianos ni les imponía sus ideas; ahora conversaba, discutía, a pesar de que sus interlocutores eran hijos adolescentes. Casi siempre terminaba victorioso en las discusiones y sus decisiones se cumplían, pero esta vez convenía, como el buen abogado que era.

Por esos años mi papá enseñó a sus hijos la manera correcta de tomar licor. Cierta noche, todavía adolescente, circulaba yo con botella en mano por una calle mirafloresina, en los alrededores del departamento al que mi papá se había mudado luego de su regreso de Wisconsin, donde había estado viviendo por algunos meses. De repente apareció Jorge Avendaño en su carro y me vio cuando me disponía a brindar a pico con alguno de mis *patas*. Me vinieron a la mente recuerdos de castigos atroces y pensé que en ese mismo lugar y en ese preciso instante me haría acreedor de uno ejemplar. Pero no, mi papá me pidió que me acercara y me invitó a que tomara ese trago y otros más en su casa. Lo que quería, evidentemente, era acercarse a mí y educarme en lo que a tragos se refiere. Y sí que lo logró.

El licor se convirtió en algo común y hasta central en las reuniones con mi papá, en las que solíamos discutir el gran tema familiar de entonces: la separación de mis padres. Participábamos los hijos y hasta algunos enamorados de mis hermanas, quienes para entonces ya podían usar bikini y polos a su antojo. Mi papá siempre nos escuchó, permitió que lo cuestionáramos y hasta que lo increpáramos.

Con el nuevo estilo paterno los castigos de tipo draconiano se acabaron. Jorge Avendaño trataba de comunicarse con sus hijos, de acercarse a ellos, incluso en los momentos más difíciles, pero sin imponer sanciones sanguinarias. Una vez, siendo adolescente, enrumbé a Punta Hermosa a correr tabla con un grupo de amigos. Era pleno invierno y decidimos introducirnos en una casa deshabitada, para que nos sirviera de morada por algunos días. Al segundo día de nuestra ilegítima posesión, por no decir usurpación, ya éramos conocidos en todo Punta Hermosa. El tercer día nos visitaron los dueños de la casa, quienes vinieron acompañados de la policía, y así pasamos del calor de un hogar de *tablistas* a la frialdad de los barrotes de la celda. Mi papá, enterado de los hechos, dejó que pasara esa noche entre rejas. A la

mañana siguiente me recogió de la comisaría y antes que gritarme y castigarme —que lo merecía—, me habló, permitió que le explicara y finalmente no me sancionó. Creo que el sermón que sí me dio tuvo buenos resultados, ya que nunca más he vuelto a invadir un inmueble.

Jorge Avendaño se volvió liberal y sus ideas influían en la forma cómo nos educaba. A pesar de nuestra corta edad, conversábamos —y nos enseñaba— sobre sexo, droga y alcohol. No había temas tabú. Se volvió, además, un tipo rebelde y creo que quería que sus hijos también lo fuéramos. Recuerdo que en mi colegio, religioso, obligaban a los alumnos a llevar el pelo corto. Mi papá me incentivaba para que fuera con el pelo largo —como lo tenía él— y me instruía para que le dijera a los curas que Cristo también lo llevaba largo. Era mediados de los años setenta y Jorge Avendaño vivía acorde con los tiempos.

En esos años mi papá dejó de ser un beato, aunque siguió siendo creyente, como lo es hasta el día de hoy. Entiendo por 'beato' al que es asiduo a la Iglesia y se dedica a toda clase de devociones. Jorge Avendaño había sido de esos. Iba a misa con muchísima frecuencia, comulgaba casi a diario e inclusive daba la hostia. Con la creencia de que hay que sufrir para entrar al reino de los cielos, mi papá cerraba las lunas de su carro en verano sin quitarse el saco. Como quiera que en aquellos días los carros usualmente no tenían aire acondicionado, sudaba hasta la última gota, y a través de ese sufrimiento, pensaba que se ganaba un pedacito del cielo. No sé si mi papá sufría, pero estoy seguro de que esa rara práctica no lo acercaba a Dios. El nuevo Jorge Avendaño tenía una visión distinta de la Iglesia como institución. Ahora sí tenía amigos divorciados y hasta uno que otro medio *fumón*, todo lo cual se reflejaba en nuestra educación.

Cuando entré a la universidad, él se volvió muy exigente y riguroso como papá. Al mismo tiempo, se integró mucho más con sus hijos, pero desde una perspectiva más adulta.

Fue un hombre que se ganó el primer sueldo a los doce años. Me lo habrá dicho unas mil veces. Lo que quería transmitirme era que las cosas en la vida se logran con esfuerzo. Y si cuestan, mejor, porque hay más esfuerzo. A lo mejor por eso se negó a pagarme un ciclo de letras en la Universidad Católica, cuando desaprobé un curso. No sé si lo que hizo fue acertado, pero me incentivó para que por propia voluntad asumiera todos mis gastos universitarios hasta el final de mi carrera.

En Derecho conocí a un papá distinto. Jorge Avendaño no era el hombre público que es hoy, pero ya era conocido como gran jurista y

notable profesor. Tenía fama de *profesor maldito*, implacable, muy severo, casi perverso. Se decía que trataba a sus alumnos con ferocidad. Leo me había contado que dos años antes, cuando era alumna, uno de sus amigos de clase le había preguntado si Jorge Avendaño le pegaba a sus hijos en la casa. En Reales, sin embargo, descubrí a un personaje distinto. Su relación con los alumnos, como con sus hijos, era horizontal. Nunca imponía. Propiciaba la discusión, el diálogo, el intercambio de ideas.

En clase, la relación conmigo era especial porque además de alumno era su hijo. Siempre fui el blanco de sus ejemplos y de una que otra broma. Recuerdo que en una ocasión en que se discutía sobre la prenda, puso como ejemplo la garantía de un carro. «Imagínense —dijo— que le doy en prenda mi carro a Paco» (así me llama desde que nací). Caminó unos pasos hacia mí y me dio las llaves de su carro, explicando que con la entrega del carro, a través de las llaves, se constituía la prenda. Debe haber recordado en ese preciso instante que el carro no se presta a nadie, porque de inmediato me arranchó las llaves de la mano y en tono jocoso mencionó en alta voz que a mí jamás me lo daría. En realidad no cumplió su palabra. Varias veces me ha confiado su conducción, especialmente en aquellas oportunidades en que él, cual joven de veinte años, deseaba probar su carro y sentir el vértigo de la velocidad, pero desde el cómodo lugar de copiloto.

Durante esos años de universidad, Jorge Avendaño inculcó en sus hijos la afición por la comida. «No se trata de comer nomás, hay que comer bien», sostenía. Como el buen *gourmet* que siempre fue, nos llevaba a buenos restaurantes y organizaba almuerzos opíparos en su nueva casa —un departamento frente al mar en Miraflores, donde vive hasta la fecha—, sazonados con notables vinos y mejores coñacs. La afición que tengo por cocinar y comer bien, y el gusto por el buen vino, se los debo a mi papá. Debo confesar que mi pasión por el ron, mi licor predilecto, no sé de dónde viene. Mi aprecio por el anís, otro de mis licores favoritos, proviene de mi abuelo Jorge Avendaño Hübner, a quien vi tomar ese delicioso aguardiente hasta los últimos días de su vida.

La experiencia de tener a mi papá en el trabajo es particular, porque soy el único de los hermanos que trabaja con él. Algo de esto saben mis hermanas abogadas y ahora mi hermana Ana María, quien está realizando una breve práctica en el Estudio. El tema es complicado porque se puede mezclar lo laboral con lo familiar. Puedo decir, sin embargo, que ser hijo de Jorge Avendaño no otorga privilegios en

el trabajo, más bien, impone retos. La relación con él es como con los demás miembros del Estudio. Hay espacios, sin embargo, para el tema familiar. De cuando en vez se mete en mi oficina y me cuenta cosas personales y hasta me pide consejo. Trabajar juntos es una experiencia invaluable no solo desde el punto de vista profesional, sino también del personal. A través del trabajo, Jorge Avendaño, sin dejar de ser papá, se ha convertido en un amigo para mí.

Hoy lo veo como un papá que se preocupa más que antes por el bienestar emocional y económico de sus nueve hijos. Un papá vigente y muy presente, no solo para los que estamos cerca de él, sino incluso para mis dos hermanas que viven fuera de Lima, Meche y Mariana. Jorge Avendaño sigue siendo papá. Siempre tiene algo que decir y siempre hay que escucharlo. A pesar de su edad, es un papá moderno, que se amolda a los tiempos y se renueva cada día.

Jorge Avendaño es un papá secón. Le cuesta ser cariñoso, pero poco a poco está aprendiendo a serlo. Cada vez que se toma un *petróleo*, como él le dice a los tragos, se emociona y se vuelve querendón.

Es una persona que tiene ilusión por la vida. Sigue siendo entusiasta por la música, los carros, los viajes, por hacer cosas nuevas cada día. Recientemente se construyó una casa en Chaclacayo, a la que se ha bautizado como «el hotel», porque tiene una infinidad de cuartos para albergar a su ejército de hijos, naturales y políticos, y a un nuevo ejército de nietos, dieciséis en total, casi todos ellos hombres, dentro de los cuales se encuentra mi hijo Álvaro. Allí se reúne con frecuencia toda la familia y allí seguimos gozando a Jorge Avendaño como papá.

Jorge Avendaño, y aquí termino, es un papá feminista. Con esto quiero decir que muestra una clara debilidad por sus hijas, que son siete, y entre ellas por Leo, «la princesa», como la llama él. Por supuesto que adora por igual a sus dos hijos hombres, pero por las mujeres, «las locas» cuando están juntas, se desvive. En los últimos tiempos se las lleva de viaje a todas *en manchón*, año tras año, a bellas ciudades del mundo. Aprecian buen teatro y comen en restaurantes magníficos, siempre bajo su conducción. A los hijos hombres nos compensa con viajes automovilísticos, en los que siempre hay espacio para el buen comer y el tomar. A todos, en definitiva, nos engríe, más que cuando éramos niños.

En *La Dalmacia* Cecilia me contó que cuando mi papá estaba en cuarto de media escribió una composición en el colegio en la que decía que de grande tendría diez hijos. Los tuvo, y estoy seguro de que

ese hermano mío que murió a los dos días de nacido, Felipe, influyó decididamente en el cambio que tuvo para con nosotros.

Ahora que termino de escribir esta semblanza me doy cuenta de que ser hijo de Jorge Avendaño es un privilegio y sus enseñanzas constituyen para mí un legado que atesoro en lo más profundo de mi corazón.